

»á la ejecucion con toda la diligencia que podemos esperar
»de vuestra sabiduría y celo por Nos y la Santa Sede.»

Francisco recibió con respeto una mision que le venia de tan alto, y se preparaba á ejecutarla, cuando el Duque de Saboya le llamó á Turin para entenderse con él sobre los diversos artículos de que le habia hablado en su carta (1). Creyó que con este motivo debia suspenderla, pues siendo tan necesario el celo del príncipe para la conversion del Chablais, sería una imprudencia dejarlo enfriar con dilaciones; en tanto que la tentativa con Teodoro de Beza, lejos de correr peligro con la tardanza, tendria mas favorable resultado despues de algunos triunfos señalados obtenidos en el Chablais, tales como se podian esperar con el socorro de la proteccion del soberano. Consultó con el Obispo de Ginebra, que fué de su parecer, y despues de haber deliberado con él sobre las medidas que debia proponer al príncipe, despues de haber redactado una memoria con madura reflexion, partió sin tardanza, acompañado de su fiel criado Jorge Rolando. Esto sucedia á fines de noviembre; el frio era muy rigoroso, y el viento norte que soplaba con violencia, aumentaba aún mas su intensidad, sobre todo en las altas montañas que tenian que atravesar. Sin detenerse por esta consideracion tomó el camino del monte de San Bernardo, llegó á su pie no sin muchas penalidades y sufrimientos, é intentó intrépidamente su subida. Ya habian salvado la mayor parte de sus alturas, y se aproximaban á la cima, cuando de repente estalla una tempestad horrible. Los vientos se desencadenan con furor; la nieve, dispersada en todos sentidos por el ímpetu del viento, no deja distinguir ni senda ni camino. ¿A dónde dirigirá sus pasos? ¿Caerá en algun precipicio? Por otro lado, el frio le penetra, el caballo que monta no le lleva sino con trabajo. En fin, se arma de un nuevo valor, avanza al acaso, y con la Providencia como guia percibe, despues de haber andado incierto un largo trecho, el monasterio

(1) Carlos Aug., p. 116.

que San Bernardo de Menton edificó en lo alto de esta montaña para servir de hospedería á los viajeros. Rolando, lleno de gozo por este descubrimiento, corre á llamar á la puerta, y los religiosos acogen con caridad á los dos viajeros helados, lívidos por el frio, y que mas parecian, dice un historiador, estatuas que hombres vivos. Allí, los cuidados de la mas caritativa hospitalidad, buen fuego, buen alimento, buena habitacion, todo les fué prodigado por estos ángeles terrestres, que solo la religion puede retener sobre estos montes helados. No contentos con no perdonar nada para reponerlos de sus fatigas, les hicieron vivas instancias para que permanecieran en el monasterio hasta que la violencia de las tempestades se hubiera calmado. Pero Francisco no quiso consentir en ello; en vano le contaron que los dos dias anteriores habian encontrado hombres que el frio habia helado enteramente; el Preósito no se dejó vencer por estas relaciones, á pesar del espanto que causaron al pobre Rolando. A todo lo que le decian oponia, que negocios muy urgentes y que interesaban á la salvacion de las almas le llamaban prontamente á Turin, por lo que debia confiarse á la Providencia, y volvió á emprender su camino. La Providencia, en efecto, acudió en su socorro; bendijo su valor, y le permitió llegar felizmente á la ciudad de Aosta, situada al pié de la montaña, desde donde se dirigió á Turin.

El Duque de Saboya le hizo la mas favorable acogida, y habiendo convocado su consejo privado, al cual asistió el Nuncio del Papa, quiso que el santo apóstol espusiera ante esta asamblea las medidas que juzgara mas oportunas para obtener la total conversion del Chablais. Francisco empezó por recordar los puntos principales de la carta que habia escrito al Duque sobre este asunto algun tiempo antes; luego, pasando al detalle de la ejecucion, espuso (1): 1.º Que eran necesarios, al menos por entonces, ocho predicadores libres, exentos de todo otro cargo, con cien

(1) Opusc., p. 71.
TOMO I.

escudos de oro (1) cada uno para su manutencion, á fin de estar de ese modo en disposicion de ir á llevar socorro á donde se hiciera sentir mas la necesidad. 2.º En sustitucion de las cincuenta y dos iglesias parroquiales que existian en otro tiempo desde el Drance hasta Ginebra, y las otras diez y nueve del territorio de Ternier, sin contar las abadías, prioratos, conventos y capillas, que eran en gran número, pidió el establecimiento de quince ó diez y seis curas, que estarian encargados de varias parroquias á la vez, mientras los recursos del Tesoro público no permitieran levantár las iglesias derribadas; y para cada uno de ellos á lo menos cien escudos de oro (2), además de la habitacion y de las dependencias convenientes, suma seguramente muy módica, pues con ella tendrian que sostener á los vicarios que la agregacion de las parroquias hacia indispensables, dar hospedaje á los predicadores que fueran á ayudarlos, y hacer las limosnas exigidas, tanto por la necesidad de los pobres como por el buen ejemplo. 3.º Como Thonon, centro de todo el país, era el lugar donde importaba mas dar lustre y esplendor al ejercicio de la religion católica, pidió no solamente que se pudiera celebrar la Misa públicamente en la iglesia principal de la ciudad, sino que se estableciera allí un cura con una renta de cuatrocientos escudos de oro (3), para que este pudiese sostener consigo seis sacerdotes mas, que dieran al canto y á las ceremonias una solemnidad que impresionara al pueblo y le atrajera á los Oficios. 4.º Demostró la necesidad de un colegio de Jesuitas, ó si no se podia tenerlo en seguida, de un maestro de escuela católico. 5.º Reclamó la conservacion de la institucion que habian establecido

(1) Estos cien escudos de oro equivalen á trescientos sesenta y ocho francos de nuestra moneda. El escudo de oro valia tres francos sesenta y ocho céntimos.

(2) Lo que equivale á quinientos ochenta y ocho francos ochenta céntimos de nuestra moneda.

(3) Lo que hacia mil cuatrocientos sesenta y dos francos de nuestra moneda.

los calvinistas, para corregir con censuras públicas ó penas moderadas los vicios que no estan bajo la jurisdiccion de los magistrados, como la embriaguez, el esceso en el baile y en el juego, el lujo en los vestidos, la suntuosidad en los festines, las riñas en los matrimonios, la desobediencia de los hijos á los padres, los malos tratamientos de los padres á los hijos, los adulterios, las palabras inmorales, las canciones obscenas, los juramentos, las blasfemias y otras faltas semejantes. «Si esta censura, dijo, en
»una falsa religion ha servido para contener el pueblo,
»hará mucho mayor bien á los nuevamente convertidos
»bajo la presidencia de un sacerdote designado por el Obispo,
»y asistido de consejeros eclesiásticos y seglares en
»igual número, escogidos entre los mas notables de la ciudad y de los lugares circunvecinos, y los mas recomendables por su edad, su reputacion íntegra y la gravedad
»de sus costumbres.

»Es facil á vuestra Alteza, añadió para terminar, hacer todas estas cosas y mas aún, siendo gran maestre de la orden de San Mauricio y San Lázaro, que posee la mayor parte de los bienes eclesiásticos no vendidos por los berneses. Podeis, segun la condicion fijada espresamente por la Santa Sede, tomar de las rentas de estos bienes para restaurar las iglesias arruinadas, sostener los curas y predicadores. Es urgente hacer todo esto; y hay peligro en retardarlo..... Vuestra provincia del Chablais está enteramente arruinada; solo vuestra Alteza puede levantarla de sus ruinas. He trabajado en ella veintisiete meses á mis espensas, por obedecer al deseo que vuestra Alteza habia espresado al Obispo de Ginebra. No sé si he sembrado el Evangelio sobre las piedras, ó entre las espinas; lo que hay de seguro, es que no he obtenido mas conversiones notables que las del Baron de Avully y del abogado Poncet; la piedad de Vuestra Alteza no permitirá que sean estériles tantos trabajos: contamos con su socorro, persuadidos de que preferirá las victorias sobre la herejía, á todas las que pudiera alcanzar su valor.»

Este discurso del apóstol agradó singularmente á toda la asamblea, y al príncipe mas aún que á todos; deseó tenerle por escrito, haciendo sacar de él dos copias, la una para su Canciller y la otra para el Nuncio. Conferenció con los principales caballeros de la orden de San Mauricio y San Lázaro, que comisionaron á uno de ellos para que se entendiera con Francisco y fuera á Saboya á examinar lo que se debia hacer: en fin, prometió al santo apóstol secundarle con todo su poder, le autorizó, mientras tanto que no podia hacer otra cosa, á establecer seis curas, que serian sostenidos por la orden de los caballeros, y encargó al Nuncio de su Santidad velara por la ejecucion de esta medida.

Deseoso de aprovechar en ventaja de sus pueblos la sabiduría y talentos, el celo y la piedad que admiraba en Francisco de Sales, el Duque habló largo tiempo con él de varias cosas importantes, sobre todo lo que pasaba en Saboya y lo que se podria hacer; y especialmente sobre la ciudad de Ginebra. Francisco, usando de la libertad de hablar que le daba su Alteza, se esplicó desde luego en el sentido de hacerle comprender que el medio mas eficaz de destruir la herejía sería desterrarla de Ginebra, sometiendo esta ciudad rebelde, pues que en efecto esta ciudad era la cátedra de Satanás, que desde allí derramaba su ponzoña por el mundo entero; la capital del calvinismo, la reina del error, la dominadora de todas las pretendidas iglesias reformadas de Francia, á las cuales daba la ley é imponia sus decisiones, tanto sobre la doctrina como sobre la disciplina; la ciudad santa de los herejes, que iban á visitarla piadosamente, como los católicos visitan á Roma; el foco de todas las conspiraciones contra la Santa Sede y los principales católicos; el refugio y el asilo de los apóstatas; la madre que alimentaba á la herejía, que proporcionaba ministros á la Francia y á la Inglaterra, que ayudada de sus magníficas imprentas, llenaba de malos libros toda la tierra á expensas del tesoro público y de los donativos voluntarios; que en fin, con sus escuelas, sus predicaciones,

sus conferencias, sus producciones funestas, pervertia á los hombres de todas las naciones, á los que atraia dentro de sus muros por la ventaja de su posicion geográfica á las puertas de la Francia, de la Italia y de la Alemania (1).

Pasando de ahí á los demás medios á que se podia recurrir para combatir la herejía, el apóstol comprometió al príncipe: 1.º A pedir al Papa jesuitas y capuchinos para que permanecieran constantemente en el país, prometiendo proporcionarles todas las cosas necesarias para la vida. 2.º A establecer en Annecy una imprenta destinada á publicar los escritos ortodoxos contra la herejía, obteniendo del Papa, para sostenerlo, una pension sobre las rentas de alguna abadía. 3.º A fundar en Thonon ó en Annecy una casa de misericordia, donde pudieran trabajar y vivir los que poseyeran las artes mecánicas, y un seminario donde fueran recibidos los que estudiaran ó hubieran estudiado las bellas artes. «Esto será facil, dijo, con las rentas de tantas»ricas abadías, cuyo empleo el Papa autorizará gustoso»para esta buena obra; y bien pronto gran número de herejes, aun entre los ginebrinos, vendrán á abjurar sus errores, porque muchos quisieran convertirse, pero el temor de la pobreza los detiene. Estos remedios, añadió,»dejan aún mucho que desear, y no producirán su efecto»sino á la larga; pero estamos en un siglo de hierro que no»permite otros.—Teneis razon, le dijo el Duque suspirando, nunca quizás hubo un siglo mas desgraciado.—Pues»to que Vuestra Alteza, replicó Francisco, me permite»que le hable, aprovecharé este permiso para presentarle»una peticion á favor del cabildo de la catedral de Ginebra. Ya habeis ordenado en Saboya la restitucion de todos los bienes quitados á las iglesias, y especialmente al»cabildo de Ginebra, el mas ilustre y el mas antiguo de»vuestros estados. Ahora, que la fe católica ha penetrado»en el Chablais, os suplicaremos humildemente hagais es»tensiva la misma órden á esta provincia, á fin de que

(1) Ousc., p. 96.

»este cabildo tan pobre pueda entrar en la posesion de sus
 »bienes, y especialmente en el beneficio curado de la igle-
 »sia de Annecy. Si Vuestra Alteza no lo supiera ya, le refe-
 »riría la miseria y sufrimientos de los miembros de este
 »cabildo: privados de todo recurso, lanzados de su ciudad
 »como malhechores, están reducidos á celebrar el Oficio
 »divino en una iglesia de limosna, lo que no obstante esto
 »hacen tan bien, que no hay iglesia en Europa donde, á
 »pesar de la extrema pobreza del lugar, se oficie con mas
 »solemnidad. Los soberanos Pontífices, tomando en consi-
 »deracion esta extrema pobreza, les habian concedido la
 »mitad del primer año de los frutos de cada beneficio va-
 »cante en la diócesis, y además la exencion de los diez-
 »mos, por grande que fuese la necesidad del estado. Sin
 »embargo, los oficiales de Vuestra Alteza les quitaron en
 »1589, 1590 y 1591 todo el trigo que poseian, y que la cá-
 »mara de cuentas ha valuado en mas de dos mil seiscientos
 »florines (1), lo que les ha reducido á mendigar los medios
 »de subsistir entre sus padres y amigos. Suplico á Vuestra
 »Alteza se digne ratificar las concesiones del soberano
 »Pontífice, y si en indemnizacion de los dos mil doscien-
 »tos florines os agradase mandar hacer ornamentos sacer-
 »dotales para nuestra iglesia, imitaríais gloriosamente la
 »piedad de vuestros ilustres antecesores, especialmente
 »del sapientísimo príncipe el Duque Amadeo, el cual, des-
 »pues de haber cedido el Papado por la paz del mundo
 »cristiano, se contentó con la silla de Ginebra, y murió
 »bajo la augusta mitra de esta iglesia.»

El Duque de Saboya, haciendo justicia á reclamacio-
 nes tan justas (2), ordenó la celebracion de la Misa en la
 Iglesia principal de Thonon, la restitucion de los bienes
 eclesiásticos á los Curas, y la del beneficio-curato de An-
 necy al Cabildo de Ginebra. Al mismo tiempo dejó exento
 á este Cabildo de pagar los diezmos segun la voluntad del

(1) Lo que equivale á mil ciento noventa y seis francos de nuestra moneda.

(2) Carlos Aug., p. 124.

Soberano Pontífice, y mandó le presentaran una memoria
 detallada de todas las rentas eclesiásticas del Chablais, á
 fin de reflexionar sobre las medidas mas convenientes que
 se debian adoptar. Entregó luego tres cartas al santo
 apóstol, una para el juez supremo de la provincia del Cha-
 blais, y la otra para el comandante general de los Allinges,
 con el fin de notificarles la orden de favorecer la mision
 con todo su poder, y para velar por que todos tuvieran entera
 libertad de ir á oír las predicaciones católicas. La tercera
 fué para los habitantes de Thonon, con el fin de escitarlos á
 aprovecharse, para su salvacion, de las instrucciones que
 les serian dadas. «Hemos tenido un gozo grande al saber,
 »les escribia con esa prudencia que supone ya hecho lo
 »que se quiere obtener, que habeis asistido á los sermones
 »de los predicadores, que desde hace algun tiempo no
 »han cesado de anunciaros la palabra de Dios y probaros
 »la verdad de la fe católica. Os exhortamos á usar bien de
 »esta ocasion favorable que os hemos procurado con em-
 »peño, y que os abrirá el camino de la salvacion, si pesais
 »con un amor sincero de la verdad las razones que os serán
 »presentadas, y á que propongais vuestras dificultades á
 »los predicadores para recibir de ellos su resolucion, por-
 »que nada desearemos tanto como veros abrazar la verdad
 »de la religion católica.»

Provisto de estas cartas, Francisco se puso en marcha
 para unirse á su amado rebaño. Creyó deber tomar el ca-
 mino del Pequeño San Bernardo, pensando estaría menos
 obstruido por las nieves; lo hizo en efecto: el viaje fué fe-
 liz, y llegó bueno al castillo de Sales. Poco tiempo se de-
 tuvo allí, porque tenia ánsia de ir á Thonon para em-
 prender sus grandes trabajos.